



La Santa Sede

VISITA DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LESBOS (GRECIA) VISITA A LOS REFUGIADOS
DISCURSOS DE SU BEATITUD IERONYMOS, ARZOBISPO DE ATENAS Y DE TODA GRECIA,
DE SU SANTIDAD BARTOLOMÉ, PATRIARCA ECUMÉNICO DE CONSTANTINOPLA Y DEL SANTO PADRE FRANCISCO
Campo de refugiados de Moria, Lesbos
Sábado 16 de abril de 2016 [\[Multimedia\]](#)

SU BEATITUD IERONYMOS, ARZOBISPO DE ATENAS Y DE TODA GRECIA

Con gran alegría recibo hoy en Lesbos al responsable de la Iglesia católica romana, el Papa Francisco.

Consideramos fundamental su presencia en el territorio de la Iglesia de Grecia. Fundamental, porque juntos traemos ante el mundo, cristiano y no sólo, la actual tragedia de la crisis de refugiados.

Agradezco de corazón a Su Santidad y a mi amado hermano en Cristo, el patriarca ecuménico Bartolomé, que nos bendice con su presencia como primero de la Ortodoxia, uniéndose con su oración, para que la voz de las Iglesias pueda ser más fuerte y oída en todos los rincones del mundo civilizado.

Hoy unimos nuestras voces para condenar el desarraigo, para denunciar todas las formas de degradación de la persona humana.

Desde esta isla de Lesbos espero que comience un movimiento mundial de conciencia, para que quienes tienen en su mano el destino de las naciones cambien el rumbo actual y a cada hogar, a cada familia, a cada ciudadano se les restituya la paz y la seguridad.

Lamentablemente, no es la primera vez que denunciemos las políticas que han conducido a estas personas a la actual situación de estancamiento.

Sin embargo perseveraremos hasta que no terminen la aberración y la degradación de la persona humana. No hace falta decir muchas palabras.

Sólo quien ve los ojos de los niños que encontramos en los campos de refugiados es capaz de reconocer de inmediato, en su totalidad, la «bancarrota» de la humanidad y la solidaridad mostrada por Europa en los últimos años a estas personas, y no sólo a ellos.

Estoy orgulloso de los griegos que, a pesar de atravesar sus propias dificultades, están ayudando a los refugiados a hacer un poco menos pesado su calvario, a hacer un poco menos arduo su camino cuesta arriba.

La Iglesia de Grecia, y yo mismo, lloramos por las muchas almas perdidas en el Egeo.

Ya hemos hecho mucho y seguimos haciéndolo, cuanto nos permiten nuestras capacidades, para gestionar esta crisis de los refugiados.

Me gustaría concluir mi discurso con una petición, solamente una invitación, una sola provocación: que las agencias de las Naciones Unidas, utilicen finalmente su gran experiencia y afronten esta trágica situación que estamos viviendo.

Espero que nunca más se vean niños arrastrados por las olas hasta las costas del mar Egeo.

Espero verles pronto, sin preocupaciones, disfrutando de la vida.

SU SANTIDAD BARTOLOMÉ, PATRIARCA ECUMÉNICO DE CONSTANTINOPLA

Queridos hermanos y hermanas, amados jóvenes y niños, hemos venido aquí para miraros a los ojos, escuchar vuestra voz y tomaros la mano. Hemos venido aquí para deciros que a nosotros nos importáis. Hemos venido aquí porque el mundo no os ha olvidado.

Junto con nuestros hermanos, el Papa Francisco y el arzobispo Jerónimo, estamos hoy aquí para expresar nuestra solidaridad y nuestro apoyo al pueblo griego que os ha acogido y se ha preocupado por vosotros. Y estamos aquí para recordaros que —incluso cuando la gente os da la espalda— a pesar de todo «Dios es para nosotros refugio y fortaleza, un socorro en la angustia siempre a punto. Por eso no tememos» (*Salmo 45, 2-3*).

Sabemos que venís de zonas de guerra, de hambre y sufrimiento. Sabemos que vuestro corazón está lleno de preocupación por vuestras familias. Sabemos que buscáis un futuro más seguro y luminoso.

Hemos llorado viendo el mar Mediterráneo convertirse en un cementerio para vuestros seres queridos. Hemos llorado viendo la compasión y la sensibilidad de la gente de Lesbos y de otras islas. No obstante, también hemos llorado viendo la dureza de corazón de nuestros hermanos y

hermanas —vuestros hermanos y hermanas— que han cerrado las fronteras y han mirado para otro lado.

Quien tiene miedo de vosotros no os ha mirado a los ojos. Quien tiene miedo de vosotros no ha visto vuestros rostros. Quien tiene miedo no ve a vuestros hijos. Olvida que la dignidad y la libertad trascienden el miedo y la división. Olvida que la migración no es un problema de Oriente Medio y del norte de África, de Europa y de Grecia. Es un problema del mundo.

El mundo será juzgado por la forma en la que os haya tratado. Y todos seremos responsables del modo de responder a la crisis y al conflicto en las regiones de las que procedéis. El Mediterráneo no debería ser una tumba. Es un lugar de vida, un cruce de culturas y civilizaciones, un lugar de intercambio y de diálogo. Con el fin de descubrir su vocación original, el *mare nostrum*, y más particularmente el mar Egeo, donde estamos reunidos hoy, tiene que convertirse en un mar de paz.

Recemos para que los conflictos en Oriente Medio, que son la base de la crisis migratoria, cesen pronto y se restablezca la paz. Recemos por todas las personas de esta región. En particular, nos gustaría evidenciar la dramática situación de los cristianos en Oriente Medio, así como la de las demás minorías étnicas y religiosas en la región, que requieren una acción urgente si no queremos verlas desaparecer.

Prometemos que nunca os olvidaremos. Nunca vamos a dejar de hablar por vosotros. Y os aseguramos que haremos todo lo posible para abrir los ojos y los corazones del mundo.

La paz no es el fin de la historia. La paz es el inicio de una historia ligada al futuro. Europa debería saber esto mejor que cualquier otro continente. Esta hermosa isla, donde nos encontramos ahora, es sólo un punto en el mapa. Para domar el viento y el mar agitado Jesús, según Lucas, ordenó al viento que cesase justo cuando la barca en el que estaban él y sus discípulos estaba en peligro. Luego la calma siguió a la tormenta.

Dios os bendiga. Dios os guarde. Y Dios os fortalezca.

SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO

Queridos hermanos y hermanas

He querido estar hoy con vosotros. Quiero deciros que no estáis solos. En estas semanas y meses, habéis sufrido mucho en vuestra búsqueda de una vida mejor. Muchos de vosotros os habéis visto obligados a huir de situaciones de conflicto y persecución, sobre todo por el bien de vuestros hijos, por vuestros pequeños. Habéis hecho grandes sacrificios por vuestras familias.

Conocéis el sufrimiento de dejar todo lo que amáis y, quizás lo más difícil, no saber qué os deparará el futuro. Son muchos los que como vosotros aguardan en campos o ciudades, con la esperanza de construir una nueva vida en este Continente.

He venido aquí con mis hermanos, el Patriarca Bartolomé y el Arzobispo Ieronymos, sencillamente para estar con vosotros y escuchar vuestras historias. Hemos venido para atraer la atención del mundo ante esta grave crisis humanitaria y para implorar la solución de la misma. Como hombres de fe, deseamos unir nuestras voces para hablar abiertamente en vuestro nombre. Esperamos que el mundo preste atención a estas situaciones de necesidad trágica y verdaderamente desesperadas, y responda de un modo digno de nuestra humanidad común.

Dios creó la humanidad para ser una familia; cuando uno de nuestros hermanos y hermanas sufre, todos estamos afectados. Todos sabemos por experiencia con qué facilidad algunos ignoran los sufrimientos de los demás o, incluso, llegan a aprovecharse de su vulnerabilidad. Pero también somos conscientes de que estas crisis pueden despertar lo mejor de nosotros. Lo habéis comprobado con vosotros mismos y con el pueblo griego, que ha respondido generosamente a vuestras necesidades a pesar de sus propias dificultades. También lo habéis visto en muchas personas, especialmente en los jóvenes provenientes de toda Europa y del mundo que han venido para ayudaros. Sí, todavía queda mucho por hacer. Pero demos gracias a Dios porque nunca nos deja solos en nuestro sufrimiento. Siempre hay alguien que puede extender la mano para ayudarnos.

Este es el mensaje que os quiero dejar hoy: ¡No perdáis la esperanza! El mayor don que nos podemos ofrecer es el amor: una mirada misericordiosa, la solicitud para escucharnos y entendernos, una palabra de aliento, una oración. Ojalá que podáis intercambiar mutuamente este don. A nosotros, los cristianos, nos gusta contar el episodio del Buen Samaritano, un forastero que vio un hombre en necesidad e inmediatamente se detuvo para ayudarlo. Para nosotros, es una parábola sobre la misericordia de Dios, que se ofrece a todos, porque Dios es «todo misericordia». Es también una llamada para mostrar esa misma misericordia a los necesitados. Ojalá que todos nuestros hermanos y hermanas en este Continente, como el Buen Samaritano, vengan a ayudaros con aquel espíritu de fraternidad, solidaridad y respeto por la dignidad humana, que los ha distinguido a lo largo de la historia.

Queridos hermanos y hermanas, que Dios os bendiga a todos y, de modo especial, a vuestros hijos, a los ancianos y aquellos que sufren en el cuerpo y en el espíritu. Os abrazo a todos con afecto. Sobre vosotros y quienes os acompañan, invoco los dones divinos de fortaleza y paz.